NÚMERO X ABRIL 7 DE 1899 AÑO I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

LA INDIA

SU PASADO Y SU PORVENIR [1]

Creo que nunca, desde que he comenzado mis conferencias, de lo que hace ya muchos años, he experimentado una dificultad parecida á la que siento en este momento ante vosotros, pues me pregunto cómo podré conquistar vuestro interés, y, cosa más difícil, despertar vuestra simpatía. Ello proviene de que vosotros y yo vemos á la India bajo un aspecto muy diferente, pareciéndose bien poco vuestra India á la mía.

Vosotros la conoceis tal cual es al presente, después de ocho siglos de conquista y de degradación, perteneciendo algunos de los presentes al gobierno extrangero que la domina, razón por la que son excluídos de la vida íntima de ese pueblo; mientras que para mí, la India es la Tierra Santa por excelencia, la tierra que ha visto nacer esa gran filosofía que fué la fuente de todas las filosofías del Occidente, y cuya religión ha sido la madre de todas las religiones; la tierra, en fin, cuna de toda civilización y de toda vida espiritual.

Cuando pienso en ella, la veo en la grandeza de su pasado, no en la degradación de su presente. Hoy, su filosofía ha venido á ser letra muerta para la mayoría de sus hijos, y su grande y poderosa religión está velada para sus ojos. El mayor número la considera como un hacinamiento de supersticio-

(1) Conferencia hecha á bordo del *Kaisar-i-Kind*, en el Oceano Indico.

nes, mientras que, para la minoría ilustrada, no es más que una alegoría poética.

Esa religión, que ha cesado de ser la vida misma de aquél pueblo, se ha convertido en una forma de la cual ha volado el espíritu, y esa India, así envilecida, es la India de hoy; mientras que aquella hácia la cual deseo llevar esta tarde vuestros pensamientos, es la India tal como ha existido en un glorioso pasado, tal como vivirá en el porvenir: la madre del Arte y de la Ciencia, la madre de la vida espiritual y de toda verdadera religión.

Ved la India que yo conozco; la que nos ha dado la literatura de que voy á hablaros; la que fué fundada por *Reyes-Iniciados* y á la cual *Hombres divinos* dieron su religión; la India, en fin, cuyo suelo fué pisado, hace cinco mil años, por los piés de Sri-Krishna, y en cuyas ciudades resonaba todavía, hace veinte y cuatro siglos, el éco de la sublime moralidad de Buddha; la que más tarde, terminadas sus grandes guerras, tuvo sus poetas que, en el Mahabharata y en el Ramayana, dieron al mundo una poesía épica más sublime que la de los Griegos, y, en épocas más recientes, poetas dramáticos cuyas obras contienen tesoros de belleza que recién apenas comienza el Occidente á valorar.

Ved la India de que quiero hablaros, aquella que, como ántes lo he dicho, es para mí la Tierra Santa.

Y esto se explica fácilmente, pues todos aquellos que, aunque nacidos en Occidente y perteneciendo á una raza occidental, pueden arrojar una mirada retrospectiva sobre sus encarnaciones anteriores, en las cuales han bebido la leche de la Sabiduría espiritual,—en el seno de su madre,—todos esos quedan eternamente bajo el encanto de ese envidiable pasado, subyugados por su fascinación inmortal. Están ligados á aquella tierra por todos los recuerdos sagrados de ese pasado, como por las radiosas esperanzas de su porvenir, porvenir que será, ellos lo saben, dividido con Aquella que fué la verdadera madre de su vida espiritual.

Todo esto parecerá, indudablemente, algo extravagante á muchos de vosotros, y sin embargo, gran número de personas que no participan de mi fe en la filosofía ni en la religión de la India, han reconocido, á pesar de todo, la fascinación extraordinaria que ejercía el pensamiento Indio. Escuchad lo que á este respecto dice Max Muller en una de sus recientes conferencias. No puedo dar aquí sino el sentido de sus palabras. Que la civilización y la literatura de la India son una cosa única en la historia del mundo, única en esto. en que una vez, y una vez solamente, se vé á una nación entera persiguiendo este exclusivo fin: la indagación de la verdad espiritual. Que allí, desde

un extremo del país hasta el otro, el pueblo veneraba á la sabiduría y honraba, por encima de todo, á aquél que había encontrado alguna gran verdad. Que allí, los reyes abandonaban sus tronos para ir á visitar á un asceta en su miserable choza, porque este asceta, que aceptaba como discípulos á todos los que eran dignos de ello, tenía una nueva verdad que enseñar sobre el destino del alma.

Veis, pues, cómo ese algo de incomprensible que yo he llamado la fascinación inmortal de la India, se ha hecho sentir, puesto que nuestros Orientalistas Europeos reconocen á ese país un poder y una posición única en la historia del mundo.

Esta India de la que hablo, está situada en la región comprendida entre las montañas del Himalaya y de Vindhya, y limitada al este y al oeste por el Oceano Indico. Cito estos límites, porque fueron los dados por Manú, cuando describió la verdadera Aryavarta, la tierra de los Aryas ó Arios. Es, pues, á esta parte, es decir, el norte y el noroeste, á la que podemos llamar la Ind a religiosa y heróica. Es allí que la gran raza de los Arios ó Nobles se estableció, raza cuyo tipo, si quereis conocerlo, lo encontrareis casi puro, y, en algunos casos, perfectamente puro, entre las grandes familias de los Brahmanes de la India, que presentan el tipo físico, mental y espiritual más elevado que la tierra haya jamás producido.

En tiempos muy remotos, la raza establecida en esas regiones tuvo por maestros hombres cuya evolución espiritual había terminado, y que volvieron á vivir en medio de esa raza aún en la infancia, á fin de traerle la civilización, de inspirar su literatura, de dar una forma á su religión y de educar así ese pueblo que vivía en la gran planicie del Ganges, sobre esta tierra eternamente sagrada.

Es de ellos que proviene esa poderosa literatura de la cual algunos fragmentos han llegado apenas hasta nosotros, pues los Védas y los Upanishads de esos tiempos pre-históricos no son los Védas y los Upanishads que hoy conocemos. Estos, á pesar de la nobleza de sus pensamientos, no son más que fragmentos de la antígua literatura, fragmentos abandonados al pueblo Indio cuando éste entró en una era de oscuridad, y que marcan el grado de espiritualidad de que entonces su inteligencia era todavía capaz. En cuanto á la mayor parte de esa literatura sagrada, fué retirada y reservada para una época más favorable, para una raza más espiritualizada.

Después, un pequeño estado fué creado en esa comarca del norte y del noroeste, y de ese pequeño estado, con su religión, su vida social propia, se desenvolvió, con el tiempo, una poderosa nacionalidad de donde salió la civi-

lización única de que habla Max Muller. Su condición excepcional consistió en esto: en que todo en él tendía hacia un fin y un desenvolvimiento espirituales.

El Estado era fundado para un fin espiritual; igualmente, la familia, la vida diaria, estaban organizadas en vista del progreso espiritual de los ciudadanos. Hoy, aún, es fácil ser religioso en la India, al menos exteriormente, y el Indio tiene siempre á su alcance las formas por las cuales la vida espiritual puede manifestarse. Citando nuevamente á Max Muller, diré con él que el Indio come, bebe y respira la religión.

Tal juicio es perfectamente exacto y os será fácil verificarlo por vosotros mismos, si llegais á cojer el sentido íntimo de las ceremonias religiosas de los Indios y la manera cómo estas ceremonias se entrelazan en su vida de todos los días.

La forma de su gobierno estaba basada en la división en castas, no tal como se vé hoy, dispersadas estas en un número infinito, sinó formando cuatro grandes porciones, lo que, si reflexionamos un momento, veremos que es la división natural de toda la humanidad.

Existía, primeramente, los Brahmanes, la casta espiritual, á la que pertenecían todos aquellos cuya misión era enseñar á la juventud y al pueblo las cosas concernientes al alma; en seguida, los estudiantes, los sacerdotes, los literatos, en fin, todos aquellos que, por su profesión, ya intelectual, ó espiritual, eran llamados á ser los guías y los maestros de la nación.

Después de los Brahmanes venían los Kshattriyas, la casta guerrera, á la que pertenecían los reyes; la casta que administraba la justicia, se ocupaba de los negocios interiores del país, mantenía el órden y defendía al Estado contra cualquier invasión extrangera.

Seguían los Naishyas, la casta de mercaderes, que comprendía no sólo á las clases comerciales, sinó á los agricultores; y en último término, los Sudras ó la casta de los sirvientes.

Estas cuatro castas son las que fueron establecidas desde el orígen de la India y existen todavía hoy, aunque disfrazadas, por así decir, en innumerables subdivisiones. Es á ellas que la India debe la estabilidad que la caracteriza, y es gracias á ellas también que su civilización ha sido preservada, á pesar de todas las conquistas y las degradaciones que ha sufrido.

Si la India no ha desaparecido como han desaparecido la Asiria, la Caldea y el Egipto, países que poseían una civilización más jóven que la suya, es á causa de la solidez de su constitución nacional, fundada sobre este sistema de divisiones naturales, y por consecuencia estable, como todas las cosas de

la naturaleza. Puedo aseguraros que la manera de considerar esta cuestión de castas en la India, es bien diversa de la adoptada en Occidente. Si creeis que la existencia del hombre se limita á una sola vida terrestre, podrá pareceros muy duro nacer en una de esas castas y estar obligado, con raras excepciones, á quedar en ella toda la vida; pero en el país donde la certidumbre existe de que el hombre se reencarna muchas veces, y que el alma debe hacer su experiencia en los distintos estados de la vida humana, la existencia de estas cuatro grandes castas parece tan natural como necesaria, pues ellas representan las cuatro grandes escuelas destinadas á favorecer la evolución de las almas. Encontrareis entonces lógico que la casta de los Brahmanes, siendo aquella donde la sangre es la más pura, el organismo más delicado y el mecanismo mental más perfecto, sea la reservada á las almas más perfeccionadas. La misma gradación existe para las demás.

La vida social estaba organizada sobre el mismo plan, teniendo siempre un fin espiritual.

Tomad, por ejemplo, la institución del matrimonio tal como la encontrais en los antiguos libros indios y tal como existía entre los pueblos arios primitivos y vereis al marido y á la mujer uniéndose para cumplir los actos más importantes de la vida. El hombre, era el sacerdote del hogar, del que la mujer era también la sacerdotisa, y sin ella los sacrificios no podían ser ofrecidos ni los deberes diarios cumplidos, pues el fuego sagrado del hogar solo podía ser encendido por el esposo y la esposa reunidos, y sin él no había hogar doméstico.

El esposo y la esposa estaban unidos no solo para esta vida sino también en la muerte para el otro mundo. Ved lo que Manú dice á este respecto:

«La fidelidad mútua debe durar hasta la muerte»; ello puede ser considerado como el sumario de la ley más elevada para el esposo y la esposa, «pues, el esposo recibe su esposa de manos de los Dioses, (no la escoge) de su propia voluntad».

Son esos hogares, así formados, los que hicieron grandes aquellas mujeres heroicas de que nos habla la literatura sanscrita, mujeres no solo honradas por sus familias sino célebres por su saber espiritual, como, por ejemplo, Maitreyí que «amaba el discutir sobre la naturaleza de Brahma», ó bien Gargi, quien, en una asamblea de Brahmanes, presentó cuestiones al gran maestro Yajnavalkya, cuestiones á las cuales éste respondió con mucha precisión y respeto.

¿Cual es el Indio que no siente llenarse su corazón de orgullo recordando

á esas dos mujeres ó á Sita, Savitri y Sakundala? ¿Y cuál es el Indio que no experimenta un profundo dolor comparando esas heroicas figuras con las mujeres indias de la actualidad, las que, si bien puras y abnegadas, no son más que niñas aprisionadas en el Zénana, y lo que es peor todavía, sumerjidas en una ignorancia absoluta!

Dejando de lado las castas y la vida social de los antiguos indios, y no considerando más que su vida religiosa, vemos que cada una de sus acciones venía á ser para ellos una ceremonia religiosa. El alimento mismo era preparado en el concepto de ser primeramente destinado como ofrenda á los Dioses, y solo, en segundo lugar, como debiendo servir de nutrición al hombre. Ahí se encuentra, en gran parte, la razón de la sobriedad del pueblo Indio cuya vida entera estaba fundada sobre un ideal espiritual y no sobre el bienestar material.

En fin, y de esto hace cinco mil años, sobrevino la época de la decadencia, la edad de las tinieblas del Kali Yuga. (1) Fué entonces que apareció Sri-Krishna, la última de las grandes encarnaciones de Vishnú. Siglo tras siglo corre despues, hasta que llegamos á la era de que hablaba hace un momento, la era de los grandes poetas que escribieron el Mahabbarata, el Ramayana y tantos otros poemas más. En seguida aparece Gautama Buddha y con él se produce la fundación del Buddhismo exotérico, enseñanza religiosa que, guardando su parte metafísica y filosófica, estaba, hasta cierto punto, impregnada de materialismo, por medio del cual se esperaba poder conservar intacta la moralidad, durante el Kalí Yuga, puesto que la espiritualidad era destinada á desaparecer.

Es así que el pueblo Indio cae de grado en grado, durante ese ciclo de decadencia, hasta que la vida espiritual se haya casi enteramente ocultado. La casta de los Brahmanes cesa de ser guardian de esta ciencia destinada á todos, para convertirse en su carcelero y servirse de ella para su propia gloria en vez de distribuirla al pueblo que le está confiado.

Los siglos suceden á los siglos hasta la era cristiana, produciendo aún aquí y allá notables poetas; despues, un largo silencio reina hasta el siglo doce, cuando la invasión de los Mahometanos barre esa tierra que había perdido su derecho de primojenitura, y aniquila las últimas huellas de su glorioso pasado.

¡Desde ese tiempo, la India ya no tiene historia, está sumerjida en el sueño!

---

(1) Uno de los ciclos de evolución.

Pero ha adoptado un buen número de las costumbres de sus conquistadores, y, en estos últimos tiempos, el barniz de las civilizaciones materiales del Occidente le ha perjudicado más todavía que la invasión mahometana, pues no es ya su vida exterior, sino su vida íntima quien se ha resentido. Ella duerme, al presente, y dormirá hasta que vuelva á adquirir lo que inspiró su literatura en otro tiempo: la Religión y la Filosofía de sus grandes épocas. Es allá que reposa la esperanza de su porvenir, como allá está todo lo que queda de su pasado.

Ved la esperanza de la India! Esperanza qne vive todavía en algunos corazones que se han mantenido fieles, que trabajan y ruegan por apresurar ese gran despertar!

Si al presente examinamos lo que el mundo debe á la India, encontramos, como ya lo he mencionado, que la literatura que nos quedó al principio del Kali-Yuga, es la literatura que contiene las ideas sobre las cuales fué basada la gran filosofïa ideal de la Grecia.

Es sobre esas ideas que Platón fundó su enseñanza (y Emerson dice que todos los más grandes pensadores en este mundo, desde la época griega, han sido discípulos de Platón). Son esas mismas ideas las que, despues de haber dado la filosofía al Occidente, por intermedio de la Grecia, volvieron á ver nuevamente la luz, en la edad media, enseñadas por Giordano Bruno y revestidas de la forma Pitagórica; Giordano Bruno que, por su poderosa palabra despertó á la Europa de su sueño de quince siglos é hizo posibles la vida y la ciencia moderna. Despues, siguiendo esa época hasta nuestros dias, vemos á aquellas sublimes ideas aparecer, en muchas ocasiones, hasta que, en el siglo XIX, pensadores como Shopenhauer, reproducen en el lenguaje de su tiempo algunas de las enseñanzas de los Upanishads. Schopenhauer encontró sus más nobles inspiraciones en las obras de los filósofos indios y llevó, al mundo intelectual aleman, una partícula de la eterna juventud que caracteriza á la filosofía del Oriente.

Es de esta filosofía que me propongo hablaros. Despues de haber hecho un esbozo de la manera cómo la India fué formada, de su vida y de su decadencia, llego á su literatura, á esa literatura que le dá hoy todavía el derecho á la consideración del mundo entero, porque fué escrita en la más perfecta de las lenguas y contiene las más sublimes ideas.

Primeramente tenemos los Védas, palabra que significa simplemente *Saber;* ellos comprenden hoy la más antigua literatura de la India.

Bajo cualquier punto de vista que se examine, los Védas están divididos

en tres partes. Hay el Rig Véda, el Yajur Véda y el Sam Véda, pero no es de esta división de la que quiero hablar por el momento. Así considerados, los Védas contienen cantos llamados Mantras, ó himnos á los Dioses, himnos de que se servian en todas las ceremonias religiosas y que los Brahmanes, en su cualidad de sacerdotes oficiantes, sabían de memoria y recitaban cuando los Dioses eran invocados, ya en público ya en cualquier ceremonia privada.

En segundo lugar tenemos los Bráhmanas, que contienen el ritual de las ceremonias religiosas, y que no son interesantes sino para aquellos que saben cojer las verdades ocultas bajo un simbolismo oscuro.

En seguida, y esto es lo más importante para nosotros, vienen los Upanishads, que encierran la ciencia esotérica del Oriente ó al menos todo lo que ha sido dado por escrito de esta enseñanza; ellos han suscitado gran entusiasmo en Occidente á causa de su profunda filosofía. Los Upanishads no serán jamás leidos sino por la minoría, y no podrán hacerse populares; sería necesario para ello, que la raza humana fuese mucho más adelantada en su evolución espiritual de lo que lo está al presente.

La existencia de estos Upanishads, en uno de los cuales se dice (vosotros mismos podeis leerlo) que, «Brahma está oculto en los Upanishads, y que éstos están escondidos en los Védas,» ha hecho necesaria esta institución india llamada el «Gurú», que es tan poco comprendida, y que, ¡ay! hoy ha llegado á ser más bien una forma que una realidad. El Gurú, en el antiguo sentido de la palabra, significaba el Maestro Espiritual, aquél que conocía el sentido oculto de las Escrituras, el sentido que no se escribía nunca pero que era dado de viva voz, frente á frente, como está dicho; y esta enseñanza secreta, el Gurú la daba á su Chela ó discípulo, quien, llegando á su turno á ser Gurú, trasmitía de nuevo á su discípulo las verdades sagradas que le habían sido confiadas. El Gurú existe aún en nuestros dias, en la India moderna, pero únicamente en calidad de simple maestro en religión al cual se le envían los jóvenes, durante muchos años, á fin de que les enseñe los Védas y los Upanishads. La mayoría de tales Gurús ha perdido la significacóin esotérica de su enseñanza; algunos la conocen aún, pero estos son difícil de encontrar.

La división de la enseñanza en esotérica (1) y exotérica (2) ha despertado buen número de críticas en Occidente, donde es uso decir que la verdad debe ser sembrada á manos llenas. ¿Pero, no es esto una locura? No es

(1) Secreta.
(2) Pública.

evidente que no se puede dar á una persona más de lo que puede comprender ó asimilarse?

El grande error de la religión popular del Occidente, ha sido el de mantenerse demasiado alejada de la filosofía y de la ciencia, lo que ha dado como resultado el que las gentes instruídas se separen de ella, pues no basta ya á su razón, aunque pudiera todavía satisfacer á las necesidades de sus corazones.

Es fácil decir que la religión debe ser enseñada de modo que aún los más ignorantes puedan comprenderla; pero, lo que es la verdad para el paisano sin educación, no lo será para el filósofo ó para el sabio, hecho que nos prueba que esa antigua división era sabia y que es bueno tener una filosofía religiosa así como una ética religiosa que pueda ser comprendida por un niño. La religión basada sobre la ética será el guía para el mayor número; la filosofía religiosa quedará como el tesoro de la minoría, pero esta filosofía formará el corazón mismo de la religión y la hará invulnerable á todos los asaltos de la razón.

Es este el rol que los Upanishads han jugado en la historia religiosa de la India. Los libros sagrados, como los Puranas, están destinados á ser leidos por todos, y contienen cuentos de una belleza moral esquisita. Son útiles como ejemplos de virtudes heróicas y sirven de enseñanza á un pueblo cuyo ideal moral es muy elevado. Pero es en los Upanishads que se encuentra la enseñanza filosófica, y es allí que debemos buscar la razón del inmenso valor de la India en la historia del mundo.

El Gurú no tenía por misión enseñar solamente la filosofía; su deber era también mostrar cómo se alcanza el conocimiento del Ser supremo, y cuáles eran los medios que se debían emplear para llegar á ese fin. Esta ciencia se llamaba Yoga, palabra que significa *Unión,* y ese Yoga no era sino el método por el cual la verdad encerrada en su enseñanza exotérica, era puesta en práctica y contribuía así al desenvolvimiento espiritual. No bastaba para eso apelar al intelecto, ni aún á la inteligencia del hombre; era preciso despertar su alma y su espíritu, y el Yoga era el medio empleado para ese fin.

Tal era la tarea del Gurú: enseñar al discípulo cómo desenvolver su naturaleza íntima, y cómo obligar á su naturaleza física é intelectual á obedecer á la fuerza espiritual puesta en actividad.

Había también el *Yoga* de acción, es decir, aquel que podía practicar el hombre de mundo, y que consistía en dar á todas sus acciones un móvil religioso sin conceder importancia alguna á las consecuencias de dichas acciones,

perfeccionándose así paulatinamente, hasta ser digno de alcanzar el *Yoga* superior de la meditación y de la contemplación.

Podeis leer los detalles de esta forma de *Yoga* en el *Bhagavad Gitá,* donde Shri Krishna instruye á su discípulo Arjuna, y por él á todos los demás, en las generaciones sucesivas.

La base de toda la filosofía de los *Upanishads* está en el UNO, el Absoluto, aquel que no tiene nombre, el inconmensurable, el incomprensible, principio de toda la vida y sin el cual nada existe, principio al cual nosotros damos simplemente el nombre de *Parabrahm,* es decir, «por encima» de *Brahma; Brahma,* en casi toda esta literatura, es el nombre dado al Dios supremo en su manifestación exterior.

Mas, «por encima» de todas esas divinidades manifestadas, «por encima» del Dios creador del universo y «por encima» del Dios supremo que se revela al espíritu del hombre, hay este UNO sin nombre, sin límites, de cuya permanencia absoluta debemos nosotros estar seguros, si queremos llegar á comprender lo que es transitorio, pero que al mismo tiempo nos es imposible concebir y alcanzar, puesto que él existe sin manifestación exterior y que nosotros somos seres manifestados y materiales.

De este Principio sin nombre, emana la Causa primera del gran Todo; Causa que, en su segunda manifestación exterior, viene á ser el *Logos* de la filosofía griega, y que volveis á encontrar con el nombre de «Verbo» en el cuarto Evangelio cristiano.

Este «Verbo» que «estaba con Dios, y que era Dios», se llama *Brahma* en la filosofía india, y de él proceden todos los mundos, aunque no directamente, sino por el intermedio de muchas otras inteligencias que de Él emanan. De suerte que nuestro mundo es la creación definida de un Dios inferior á *Brahma,* es decir, por *Brahmâ* masculino y femenino, el orígen de todo cuanto vive.

«(1) *Brahmâ,* el creador del universo, el conservador del mundo, fué el primer creado entre los Dioses».

Pero el Espíritu Supremo, el padre de todos los espíritus, es el que debe constituir el verdadero objeto de las asíduas investigaciones del hombre. Los *Upanishads* proponen al hombre la «ciencia de Brahma» como el objeto de sus más elevadas aspiraciones.

«(2) Es el Sér invisible, impalpable, inefable, sin orígen primero, sin ojos

(1) *Mundaka,* I, 1.

(2) Ibid., I, 6, 7.

ni orejas, sin manos, ni piés, el Sér sutil que penetra todas las cosas, el Sér eterno, inagotable, omnipresente, que los sábios miran como al manantial de todos los elementos. Del mismo modo que la araña desenvuelve y recoge sus hilos, así como la tierra produce anualmente su vegetación, de igual manera que el pelo del hombre viviente crece sobre su cabeza y su cuerpo, de la misma suerte es el universo una producción del indestructible Brahma».

Todos los Dioses son idénticos en su esencia, cualesquiera que sean los nombres que lleven, porque todos ellos no son más que fuerzas y nombres, entidades y formas, por medio de los cuales se manifiesta el absoluto, el UNO.

Así, pues, escrito está:

«Adorad á ese UNO, no ofrezcais sacrificios á tal ó cual Dios, cualquiera que sea el nombre bajo el cual le invoqueis, ya sea Indra, Mittra, Varuna ó Agní».

Y en este otro pasaje se lee:

«(1) Aquel que es Brahma, Indra y Prajâpati, es también el mismo que todos estos Dioses».

Brahma, como ya he dicho antes, es el Dios soberano propuesto al hombre como objeto supremo, á Brahma es á quien debe buscar, y á quien debe buscar, y á quien debe tratar de unirse.

«(2) El objeto infinito, manifiesto, cercano á nosotros, se encuentra verdaderamente en la sombría caverna; sobre él descansa todo lo que vive, respira y cierra los ojos....

«Esto es la verdad, esto es inmutable.

«Reconoce esto, oh humilde mortal, como al objeto que debe ser alcanzado. Tomando á los *Upanishads*, á esa arma poderosa como á tu arco, coloca en él la flecha aguzada por la devoción.... reconoce entonces, oh mi Bien-Amado, que lo indestructible es tu objeto. La palabra sagrada se llama arco, el alma es la flecha, y *Brahma* el fin; este fin será alcanzado por el hombre cuya atención no se debilite jamás. Entonces él llegará á ser de la misma naturaleza que el objeto, como la flecha es una con el blanco que ella ha atravesado».

Pero este gran Dios, este Sér supremo, ¿cómo podemos nosotros llegar hasta Él? Podemos alcanzarle porque la Esencia del hombre es una con la Esencia divina.

Otro de los *Upanishads* lo expresa diciendo:

---

(1) *Brihad Aranyaka*, I, 14.

(2) *Mundaka*, II, 11, 1-4.

«(1) De la propia manera que las chispas de un fuego brillante se esparcen de mil modos distintos, así, oh mi Bien-Amado, las almas vivientes, distintas entre sí, son producidas por el indestructible *Brahma*».

Estas Chispas son una con *Brahma,* la Esencia Absoluta. El fuego central puede ser reconocido en tales chispas, y el Espíritu que vive en el hombre, en el éter de su corazón, ó, como á veces se dice, en la caverna de su corazón, este Espíritu, siendo uno con *Brahma,* puede ser reconocido por el hombre en el cual reside. Y de esta suerte el hombre puede conseguir lo infinito.

Los *Upanishads* no se cansan jamás de describir la manera cómo puede buscarse á este Dios, y cómo puede ser reconocido y encontrado:

«(2) Aquel que conoce (al Dios adorable se dice) á este Dios que, oculto en todos los seres, es el Señor del universo ... aquel ha roto las cadenas de la muerte.... Este Dios, cuya obra es el universo, esta Alma suprema que habita eternamente en los corazones de los mortales, se revela por el corazón, la razón y la inteligencia. Aquellos que Le conocen son inmortales. No existe comparación alguna que sea digna de Aquél cuyo nombre es gloria infinita. Su forma no existe para nuestra vista, el ojo humano no podría discernirle, aquellos que le conocen, porque él habita en sus corazones, obtienen la inmortalidad por el corazón y la inteligencia».

En el mismo *Upanishad,* en uno de sus primeros capítulos se nos enseña que:

«(3) Aquel que gobierna (el Alma suprema) sostiene este universo, pero el alma separada que no gobierna, es esclava de los sentidos; cuando aprende á conocer á Dios, se ve libertada de sus cadenas. Aun antes de su nacimiento, una de esas dos almas es sabia, la otra ignorante, la una es todopoderosa, la otra carece de poder.... Cuando un mortal conoce á este *Brahma*.... entonces es libre».

Esta era la idea predominante de toda oración. Así, en una plegaria al Alma suprema, encontramos estas palabras:

«Yo soy esta misma Alma». Y se repetía constantemente al estudiante: «Tú eres esta Alma». «Tú eres uno con el infinito». De modo, que, donde quiera que leamos estas palabras, sólo se trata del Absoluto, del UNO, del objeto de nuestras investigaciones. Y es en su propio corazón donde el hombre puede encontrarle, á fuerza de meditaciones, de esfuerzos continuos y de victorias sobre los deseos de los sentidos.

---

(1) *Mundaka,* II, t. 1.
(2) *Shvetáshvatara,* IV, 15, 17, 19, 20.
(3) *Ibid,* I, 8, 9.

Más lejos se nos dice que este UNO es:

«(1) La vida de vida.... esta grande Alma que no ha tenido nacimiento, y que, no obstante, es la misma que aquella que reside como alma inteligente en toda criatura viviente. Es invisible, y sin embargo ella vive, oye y no es oída, comprende, pero no se manifiesta; es ignorada, pero sabe. Ella sola ve, ella sola comprende, ella sola sabe. Ella es tu propia alma, aquella que interiormente te gobierna, ella es inmortal».

Pero jamás persona alguna ha intentado probar la existencia del Alma Suprema (2). «Aquella que no podía ser probada» era uno de sus nombres, porque esta Alma Suprema no podía ser hallada ni por medio de argumentos, ni por un esfuerzo de la inteligencia. Su (3) «única prueba —se ha dicho—es la fe misma en el alma», pues solamente el alma puede reconocer á su igual; y la fe en el alma humana es la sola prueba de la existencia de Dios.

¿No es esto una verdad en todas las religiones? ¿No es este mismo testigo interior que encontramos en todas las santas Escrituras, sean ellas cuales fueren?

La divinidad no puede ser descubierta por el razonamiento. El hombre la conoce solamente por medio del alma, porque el alma es una con Dios.

El alma vive en el cuerpo, y por esto es que el cuerpo ha sido llamado (4) «la ciudad divina de Brahma», aquella en la cual Él habita; y el corazón, «el éter del corazón» es el centro supremo; la «caverna». De suerte que nosotros leemos á menudo el alma «incorporada», ó bien el alma (5) «incorporada en la ciudad de las nueve puertas», lo cual significa el cuerpo con sus nueve aberturas; y esa alma es la parte del hombre que debe atesorar experiencia, y que revistiéndose de un cuerpo humano, aprende, por medio de este cuerpo, su propia naturaleza y la de su Dios.

¿Y para qué todo esto? Para que el hombre llegue al conocimiento de Dios, principio absoluto, reconocido y hallado en el alma por el alma misma, y además, para que habiendo encontrado en sí mismo la centella divina, pueda, á pesar de su envoltura material, buscar á su Dios y reconocer en él la causa de todo lo que existe para la vida de los sentidos. Pero no existe más que un sólo medio para hallar la Divinidad. Para conseguirlo es indispensable vencer la naturaleza animal, subyugar los sentidos, y además es menester hacerse

---

(1) *Brihad Aranyaka*, IV, IV, 18, 22, y III, VII, 23.

(2) *Brihad Aranyaka*, IV, IV, 20.

(3) *Mândukia*, 7.

(4) *Mundaka*, II, II. 7.

(5) *Shvetâshvatara*, III, 18.

dueño de la inteligencia, porque la inteligencia no es más que una manifestación inferior, y aquel que quiera llegar á conocer la parte íntima de su sér, debe ser dueño de su inteligencia, así como de sus sentidos.

Sobre este punto leemos en el *Katha Upanishad:*

«(1) El Alma esencia, sutil más allá de toda ponderación y de una grandeza absoluta, habita en lo más profundo del hombre. Aquel que, libre de todo deseo, ya no siente el dolor, contempla la majestad del alma en medio de la tranquilidad de sus sentidos .. El alma no puede ser alcanzada ni por el saber, ni por la razón, ni por todas las ciencias reunidas. Ella no puede ser alcanzada más que cuando el alma la desea por sí misma. El alma se revela entonces su propia existencia».

La sumisión de los sentidos, del intelecto y de todos los deseos, he aquí lo que es necesario para que el hombre alcance su libertad, aun viviendo su vida terrestre, y una vez libre, pueda llegar á la verdad.

El estado espiritual más elevado es el de Brahma. Cuando los sentidos están subyugados y el intelecto está sometido, cuando la misma alma está tranquila, entonces se obtiene el cuarto estado del alma, el estado espiritual, y el hombre llega á unificarse con Dios (2).

Esto, para el Indio, representaba la inmortalidad. Este no consideraba como á inmortalidad el pasar de la vida á la muerte, y la vuelta obligada á la tierra para vivir otra vida. Para él no se alcanzaba la inmortalidad hasta que se detenía la rueda de los nacimientos y de las muertes sucesivas, y hasta que había entrado en el mismo estado que el Espíritu Supremo. Y esta inmortalidad no podía ser obtenida más que por aquellos que habían perdido todo sentimiento de separación, toda idea de diferenciación entre ellos y el Alma Suprema; entonces dejaban de renacer y la tierra no volvía á ser su morada.

«(3) Aquellos que le conocen obtienen la victoria sobre la muerte. No hay otro medio de sustraerse á ella».

«(4) La inmortalidad no puede ser obtenida más que por aquellos que en esta vida, han roto ya los lazos terrestres, y, según estas enseñanzas, la Reencarnación es el medio gracias al cual el alma, pasando de una á otra vida, adquiere los conocimientos que le son necesarios.

Esta misma idea la volvemos á encontrar en el siguiente pasaje:

---

(1) *Mándúkya*, 7.

(2) *Katha*, II, 20, 23.

(3) *Shvetáshvatara*, III, 8.

(4) *Katha*, VI, 15.

«(1) Así como el artífice toma un lingote de oro, y le dá una nueva forma más agradable, así también el alma, abandonando este cuerpo y recogiendo lo que ella sabe, se crea una nueva forma que le es más ventajosa.... Esta alma se hace semejante á sus obras y á su conducta. El hombre cuyas obras son buenas, llega á ser bueno, aquel cuyas obras son malas, llega á ser malo. Por medio de las obras santas, se llega á ser santo; por medio de las obras impías, se llega á ser impío. Otros dicen igualmente que ese *Purusha* participa de la naturaleza de los deseos. Así la resolución del hombre será semejante á su deseo, sus obras á su resolución, y su recompensa será proporcionada á sus obras.... Habiendo agotado la última consecuencia de las obras realizadas aquí abajo, vuelve de nuevo á este mundo, en virtud de estas mismas obras».

De esta suerte pasa el hombre de una vida terrestre á la otra.

«(2) Cuando el peregrino se cree un sér diferente de Aquél que todo lo gobierna, su alma vaga sin objeto en esta rueda de Brahma, que es á la vez el sostén y el objeto final de todas las cosas.... Así como crece el cuerpo, alimentado por lo que absorbe, así también el alma individual sostenida por la voluntad, el tacto, la vista y las demás ilusiones, toma formas sucesivas, conforme á las acciones que ha realizado en diferentes lugares. Empujada el alma individual por sus diversas cualidades, toma formas, ya groseras, ya sutiles.... Sus acciones la llevan de una á otra reencarnación».

El deseo es, por lo tanto, el que conduce de nuevo al alma hacia la tierra, y el hombre no puede ser libre más que con la condición de matar el deseo en sí mismo.

«El Sabio, aquel que deja de ser esclavo de sus deseos.... no volverá á nacer. Aquel cuya imaginación crea formas de cosas que él desea, renace aquí y allá por la fuerza de sus deseos».

«(3) Cuando todos los deseos gratos al corazón del hombre desaparecen, entonces el mortal se hace inmortal, entonces obtiene á Brahma».

«(4) Aquel que conoce al Dios que es sin principio ni fin.... aquel se ha librado de todas sus cadenas.... Aquellos que conocen á Dios son librados de sus cuerpos».

En otro *Upanishad* se nos enseña que el hombre se forma á semejanza de sus pensamientos.

---

(1) *Shvetâshvatara*, I, 6, y V, 11, 12, 7.

(2) *Brihad Aranyaka*, IV, IV, 4, 6.

(3) *Mundaka*, III, II, 1, 2.

(4) *Katha*, VI, 14.

«(1) El hombre es un sér que piensa; *las cosas en las cuales piensa en esta vida, he aquí lo que será en la otra.*

Y la conclusión práctica es esta: «Es necesario, pues, pensar en Brahma».

Puesto que nos transformamos según la imagen de nuestros pensamientos, puesto que influimos sobre nuestro porvenir por medio de nuestros deseos actuales, ¿no deberíamos pensar en las cosas más sublimes, más elevadas, á fin de llegar á ser semejantes á ellas?

Conocer á Brahma es alcanzar la libertad. Este es «el Secreto de la Muerte».

Quizá algunos de vosotros habréis leído la traducción, hecha por Sir Edwin Arnold, de uno de los *Upanishads* más escogidos, que lleva por título: «El Secreto de la Muerte», cuyo argumento es el siguiente:

Un hombre ofrece cuanto posee á los Dioses. Su hijo, presente en el sacrificio, opina que las ofrendas de su padre son muy poca cosa, y se ofrece á sí mismo, para que el sacrificio sea completo. Así, pues, su padre le inmola á la muerte. Yendo hacia la casa de la Muerte, el joven encuentra á Yama, rey y señor de la Muerte, y éste, viendo que el joven Brahmán ha permanecido tres días en su casa sin haber recibido la bienvenida, le concede tres mercedes á su elección.

El joven elige, en primer término, que su padre le reciba con el corazón lleno de alegría y de amor, cuando de nuevo sea libertado de la muerte.

Eso le es concedido.

En segundo lugar, desea conocer el Secreto del Fuego Celeste.

Esta merced le es igualmente concedida.

Por último, pide que se le conteste á esta pregunta:

«¿El alma vive, ó perece después de la muerte?....» Pídeme todo cuanto quieras excepto esto, le suplica la Muerte; ésta le brinda todos los placeres: la riqueza, un trono, los espíritus del cielo como á servidores, hijos y nietos, cuya descendencia durará centenares de años; en fin, todo cuanto pueda desear el corazón del hombre. Pero el joven nada quiere aceptar, pues dice que todas estas cosas están sujetas á la muerte. Los hijos morirán, la riqueza se desvanecerá, la vida tendrá su fin, y nada quiere admitir como á tercera merced, nada, como no sea la contestación á su pregunta sobre el destino del alma.

Por fin, la Muerte, vencida por tamaña insistencia, obligada á mantener su palabra y á concederle la gracia prometida, revela el Secreto de la Muerte;

(1) *Shvetâshvatara*, V, 13-14.

enseña al joven la meta á que conduce el objeto supremo del hombre: objeto que ya hemos mencionado más arriba.

Hablando del alma aprisionada en el cuerpo, la Muerte dice que:

«(1) El alma es el caballero, el cuerpo es el carro, el intelecto el conductor, y la inteligencia los frenos; los sentidos son los caballos, y los caminos representan los diversos intereses de los sentidos. El hombre imprudente, que con mano fuerte no sabe manejar los frenos, es aquel cuyos indisciplinados sentidos pueden ser comparados á los indómitos caballos del conductor del carro. Pero el Sabio, que hace un buen uso de su inteligencia, es aquel cuyos supeditados sentidos se parecen á los caballos dóciles á la mano de su conductor...

«El hombre, cuyo conductor es prudente, que con mano fuerte sabe sostener los frenos de la inteligencia, acaba por lograr el objeto que se propone, y este objeto es el lugar más elevado de Vishnú. Los intereses de los sentidos son más elevados que los sentidos mismos, y la inteligencia *(Manas)* es más elevada que los intereses que la mueven.

«El discernimiento *(Buddhi)* es más elevado que la inteligencia, y la gran alma *(Atma Mahâm)* es más elevada que el discernimiento. Aquel que no está manifestado *(Avyakta)* es más elevado que el Muy Grande. *Purusha,* es más elevado que aquel que no está manifestado, y más elevado aún que *Purusha*, es el Absoluto.

«Este es el límite extremo, la vía más elevada. Este Absoluto es uno con la naturaleza superior, oculto en todos los séres, y aún cuando no esté manifestado, puede ser contemplado por algunos raros mortales, cuyo elevado discernimiento hace más sutil su visión espiritual. Que el sabio someta su palabra á su inteligencia, y su inteligencia á la verdadera Ciencia, que someta esa verdadera Ciencia á la Grande Alma, y ésta al alma contemplativa.... Aquel que ha comprendido la verdadera naturaleza de Brahma, escapa al poder de la muerte».

He aquí el secreto final de la muerte.

De esta suerte, y basada en semejantes enseñanzas, es como se desarrolló la civilización india; á estas sublimes lecciones debió la grandeza de su pasado; cuando su pueblo creía en estas verdades, la India era verdaderamente grande! Y no solamente es aquí donde debemos buscar la razón de ser de su gran cultura y de su constitución social, sino que además éste fué el

(1) *Katha,* t. III, 3, 6, 9, 13, 15.

motivo que atrajo á las almas á reencarnarse, vida tras vida, en el mismo país, desarrollándose de esta suerte dentro de la misma raza.

He aquí el orígen del poder de los Brahmanes, poder que duró mientras éstos fueron los Maestros espirituales del pueblo indio. He aquí cuál era el alimento espiritual que hizo de la India la madre de todas las naciones, la cuna de todas las religiones del mundo.

Una vez perdido esto, comenzó la decadencia. El lenguaje de los Dioses vino á parar en lengua muerta, comprendida solamente de muy pocos. La literatura sagrada cayó en el abandono, y el pueblo indio fué descendiendo poco á poco, hasta llegar al nivel filosófico y religioso en que hoy le vemos.

Así, cuando pensamos en el porvenir de la India, lo buscamos en las grandes inspiraciones del pasado. Cuando los Brahmanes vuelvan á ocupar su sitio como Guías y Maestros espirituales del pueblo, y no retengan para sí solos esta Ciencia Divina, sino que la esparzan por doquier; cuando en cada hogar doméstico de la India se oigan de nuevo las enseñanzas contenidas en las *Vedas* y en las *Upanishads;* cuando en cada familia se comprenda el verdadero sentido de los himnos, y de esa antigua costumbre que confiaba á las manos reunidas del padre y de la madre el culto dedicado al Absoluto, entonces, y solamente entonces, la India comenzará á despertar de su profundo sueño, y figurará de nuevo en el lugar que le corresponde entre las naciones del mundo. Interin llegan tiempos mejores, su civilización, y esto es muy significativo, no ha sido destruída. Ninguna otra ha permanecido en pié por tanto tiempo como la suya. Es la más antigua entre las civilizaciones de los pueblos Arios; y es la madre de todas las razas secundarias Arianas. Era ya vieja cuando el antiguo Egipto aún era joven; muy vieja, cuando nacieron la Asiria y la Caldea. Todos estos pueblos han desaparecido, sin dejar otras huellas que sus ruinas y su alfarería. Pero la India es todavía un pueblo, á pesar de las divisiones que la degradan, á pesar de las querellas que impiden á sus hijos reconocerse como hermanos, y aún conserva en sí misma la posibilidad de llegar á ser una nación á causa de su glorioso pasado, y además por razón de que, aún dentro de su envilecimiento actual, ha conservado la forma antigua. Esas ceremonias que á veces os harán el efecto de juegos infantiles, esas supersticiones que tan groseras os parecen, llevan aún la forma dentro de la cual el Espíritu que vivifica puede ser inspirado de nuevo. Si esas formas fueren destruídas, entonces no podrían contener el agua de vida, pero las formas subsisten, aunque corrompidas y gastadas; pueden ser una vez más rejuvenidas, y contener aún el agua de

Vida Espiritual. Sí, y en verdad, que ellas la contendrán en los días venideros.

Esta esperanza conmueve aun dulcemente el corazón de algunos Brahmanes, de algunos pocos hijos de la India. Su número es infinitamente limitado, es verdad, y no es conocido más que dentro de un pequeño círculo. Su esperanza está en el porvenir y no en el presente. Ellos no toman parte alguna en las controversias políticas, ni entran en competencia para obtener puestos elevados, ni para adquirir dinero. No ambicionan ni los títulos, ni los privilegios, ni los honores del Occidente: su corazón está en el pasado y en el porvenir, y viven en el presente para este porvenir. De tiempo en tiempo, encuentran entre los jóvenes de la India, alguno que otro discípulo al cual comunican el mismo entusiasmo, el mismo amor que arde en su corazón. Pues ni por la ambición, ni por la grandeza política, ha de verse realizado el porvenir de la India.

El porvenir de la India consiste en llegar á ser una nación espiritual, que enseñará al mundo las Verdades espirituales. Aún hoy día, es un testimonio viviente contra el materialismo. Millares de sus *Yoguis*, supersticiosos, degradados, corrompidos, como desgraciadamente lo son casi todos, buscan, á pesar de esto, una Verdad que no pertenece al mundo de los sentidos, una Verdad que no reporta ningún beneficio material.

Vosotros podreis tacharlos de fanáticos, pero os vereis obligados á admitir que su objeto no es en modo alguno la satisfacción de los sentidos. Y esos mismos Yoguis, aún dentro de su degradación, son todavía superiores á aquellos que niegan el alma y espíritu del hombre, rebajándolo de esta suerte hasta el nivel del bruto, con el cual nada tiene de común más que la forma.

Así es que la esperanza y la fe en el porvenir, nos muestran á la India resucitando sus antiguas creencias, haciendo revivir su filosofía y su literatura, enseñando nuevamente al hombre el medio de desarrollar su vida interior, exponiéndole cuáles son las posibilidades del alma humana, conduciéndolo de esta manera á la unión con su naturaleza más elevada, y haciéndole progresar constantemente hacia aquella raza superior que debe habitar nuestra tierra en una época futura.

Porque el porvenir no pertenece al cuerpo, sino al alma. El cuerpo perece, más el alma es inmortal. Las civilizaciones nacen y mueren, pero el espíritu del hombre vive eternamente. Siendo por su naturaleza idéntico á la fuente de donde procede, es indivisible é inmortal, no ha nacido ni puede morir pero se reviste de un cuerpo humano, á la manera de un vestido, y no lo abandona hasta que, habiéndose inutilizado éste, toma nuevamente otro.

He aquí cuál es la misión de la India en el mundo. Estas enseñanzas son las que le dan derecho al amor y al respeto de la humanidad. Con toda seguridad llegará el día, en que la India, adormecida hoy, se despertará y se levantará entre los pueblos del mundo, pero no para llevarlos á la dominación material, sino para guiarlos por el sendero del triunfo espiritual, hacia la unión definitiva con el fin supremo.

ANNIE BESANT.

LA TEORÍA UNIVERSAL

Los días, los meses y los años, son divisiones naturales del tiempo y responden á los regresos regulares de los movimientos del cielo. El siglo es una invención humana, puramente arbirtraria, pues la evolución de las cosas no procede por períodos seculares. El primer día de un siglo no forma una «época» en la série contínua de los hechos y nada es más semejante al fin de un siglo que el principio del siguiente.

Establecido esto, y admitiendo como artificiales las séries de cien años, se puede encontrar que cada una de ellas tiene su caracter y puede ser designada por un acontecimiento principal ó por el nombre de un personaje superior. Así, si tuviese que calificar los siglos últimos en materia de metafísica, llamaría al siglo XVII el siglo de Leibniz y al XVIII el de Voltaire. En cuanto al presente, no parece haber producido unos de esos génios, creadores del porvenir ó destructores del pasado, que allanan é iluminan nuestra vía. La obra volteriana ha tenido por fin y por efecto despejar el camino de la ciencia obstruido por doctrinas preconcebidas que las religiones reinantes mantenían, muchos de cuyos dogmas podrían ser ciertos, pero, como no tenían por base sino la tradición, no era posible que entrasen en el cuadro de la ciencia tal como Descartes la definió. Este filósofo guardaba esos dogmas «como provisión», mientras el siglo siguiente los rechazó desdeñosamente, procediendo indudablemente mal, pues nada probaba que ellos fuesen falsos.

El presente siglo ha encontrado el terreno de la ciencia limpio y preparado; su obra era la de fecundarlo de nuevo y ha cumplido su tarea, no produciendo una teoría universal, sino reuniendo los materiales que deben ser-

virle de base para ello. Sigue así la marcha natural, pnes las teorías universales no se producen en la humanidad sino á muy largos intervalos, y están siempre fundadas en la observación de los hechos, en su análisis y en su síntesis. Primeramente aquellas se han presentado bajo la forma de religiones ó, por decir mejor, de mitolojías, cuando se ha creído reconocer las fuerzas de la naturaleza, teniéndoselas por vivientes y pensantes y clasificándoselas en una jerarquía divina, paralela á las séries naturales de los fenómenos.

No ha habido dos mitologías sino una sola, que se encuentra por todas partes bajo formas variadas. ¿Cuanto tiempo ha durado esta primer teoría universal? Se ignora, pues no se sabe ni cuándo ha nacido ni cuándo ha perecido; se puede, en realidad, decir que existe aún en las mitologías indias, musulmanes y cristianas. Solamente ha sufrido con el tiempo alteraciones más ó menos profundas, gracias á la ciencia líbre que continuaba obrando al lado de ella.

Los filósofos indios, Kapila y los demás, batieron en brecha el antropomorfismo y prepararon la venida del Buddha en quien se iba á encarnar la ciencia nueva. El buddhismo traía una teoría universal: la fuerza latente y la ley del universo ya no eran representadas por una persona divina, sino por una concepción del espíritu donde venían á resolverse todas las antinómias. Es, pues, desde Çakya-Mouni que podremos hacer datar el espíritu de los nuevos tiempos.

Hácia la misma época, ya sea por sí mismos, ó por una influencia oriental, los filósofos griegos tentaron libertarse de la mitología y crear una ciencia fuera de la religión; pero la Grecia no tuvo bastante poder ni bastante duración para que las ideas científicas de Platon, de Aristóteles y de los Estóicos pudiesen prevalecer en el mundo. Por el contrario, después de las expediciones de Darío, de Jérjes y de Alejandro, es la Grecia quien fué conquistada á las ideas orientales, y de esta fusión nació, no una ciencia, sino una religión: el cristianismo. Sus doctrinas tomaban el título de universal, pues reunian por una especie de ecletismo, el Dios-Sultan de los Judíos representado por San Pedro, la bodhi ó gnósis de los Esenios, es decir, de los Bubddhistas, representados por San Pablo, y en fin, la teoría platónica de los Padres, que revistió más tarde la forma lógica dada á la luz por Aristóteles. Esto era todo. Desde la Suma de Tomás de Aquino, la doctrina cristiana no ha dado un paso; la religión del Cristo ha renunciado á la teoría para no ser más que una institución mística, sacerdotal y política, tal como es hoy. La ciencia llamada cristiana, razona sobre los principios de fé

dados por la Iglesia, y no tiene crédito alguno, pues es inútil á la ciencia láica y á la fe.

Al lado de las religiones y fuera de ellas, el análisis persigue libremente su obra en vista de la teoría universal cuya expresión sacerdotal se ha hecho insuficiente. El análisis tiene por auxiliar á la observación, que nos guía á la vez sobre las cosas del mundo físico y sobre las del pensamiento. El fin del último siglo y todo el siglo que vá á concluir han acumulado de una manera prodijiosa las observaciones y los análisis, trabajo que un solo hombre no podría desempeñar; por lo que la gente de ciencia se lo ha repartido, dividiendo las investigaciones en secciones naturales y creando tantas cien cias particulares y tantos grupos de sabios como secciones. Jamás la humanidad dió ejemplo de una labor parecida, cumplida libremente, sin doctrinas preconcebidas, por un número sorprendente de hombres que no se conocen, que están dispersados sobre la tierra y que marchan todos en el mismo sentido, hacia el mismo fin.

La más alta aplicación del análisis es la metafísica, que es la ciencia de lo absoluto. La sola observación de los hechos naturales no conduce sino sobre modos y nunca alcanza á la sustancia. El análisis del pensamiento nos lleva allí y hace conocer al mismo tiempo la naturaleza de las condiciones absolutas de las cosas, que son en número de dos, el tiempo y el espacio. Ninguna ciencia particular aborda estos problemas, y el sabio que los discute es por ello mismo metafísico. Sin embargo, cada uno de ellos se cree apto para resolverlos, aún cuando al leer el primer capítulo de un libro de física, de fisiología, ó más de un tratado de filosofía, nos admiremos á cada paso de los errores y de las vaguedades de que están llenos. Es que, en el órden de las ciencias en general, la metafísica ocupa un rango tan elevado como el cálculo integral en la ciencia matemática; pocas personas ván hasta allí. Y como no se inventa este cálculo, como se le aprende de aquellos que lo conocen, los que lo han recibido de sus autores por la enseñanza, igualmente el estudio de lo absoluto no es la obra del primer recien venido. Hay toda clase de ventajas en volverlo á hacer con aquellos que ya se han dedicado á él, aprovechando sus descubrimientos y evitando sus errores.

El mayor metafísico de los tiempos modernos es Leibniz, quien ha dado el análisis profundo de la idea de sustancia ó de fuerza y creado, de paso, la dinámica. Aristóteles, sabio universal como Leibniz, habría establecido la base de la ciencia, que es la impenetrabilidad de las sustancias; pero, nadie llevó el análisis tan lejos como los filósofos indios, brahmanes y buddhistas. El Buddha, como hombre sensato, jámas respondía cuando se le hablaba

de Dios, porque no atribuía la existencia personal al principio absoluto de las cosas. Fuera de duda es que la tendencia de las ciencias modernas es búddhica, y Mr. Coulomb, en su obra «El secreto de lo Absoluto», ha tenido cien veces razón al pedir la luz á los filósofos indios, como los antiguos Griegos se la pidieron también.

Al presente poseemos los libros orientales de todas las épocas y nos hemos instalado, los Ingleses en la India y los Franceses en los países buddhistas del extremo de Asia. Victor Coussin y sus discípulos preconizaron la historia de la filosofía, publicada ó traducida de los antiguos escritos, pero el Oriente quedó para ellos como letra muerta. Hoy, todo ha cambiado: el Oriente rasga cada día más su velo y vá seguramente á proporcionar su parte á esta teoría universal que toda la ciencia busca y que el siglo próximo verá germinar.

EMILIO BURNOUF.

¿POR QUÈ NEGAR LO INVISIBLE?

Negar lo invisible, es negar vanidosamente lo incomprensible.

La Tierra es un punto en el Universo, el hombre es un punto sobre la Tierra, el microbio es un punto en la série natural. El Universo es invisible para la Tierra, ésta lo es para el hombre, que no conoce de ella sino su capa superficial, y el hombre es invisible para el microbio.

Entre los séres, en cualquier grado de la escala en que se encuentren, existe esta relación limitativa de lo visible á lo invisible.

Ya, gracias á abultamientos poderosos, el hombre ha podido constatar el infinito hervidero de los más groseros elementos de una parte de lo invisible. ¿Es lógico afirmar que el aire, el espacio, la inmensidad, el más allá de las esferas á las cuales la astronomía puede alcanzar, estén vacíos porque nuestros sentidos sean insuficientes para percibir su plenitud?

No podemos ponernos un límite, desde que sabemos que otros límites han sido franqueados después que individuos más ignorantes que nosotros los habían declarado infranqueables. Nadie se imagina cuánta intensidad pueden adquirir los sentidos materiales ó psíquicos sometidos á un tratamiento racional.

Las fórmulas de las más simples ecuaciones son letra muerta para el que no ha aprendido álgebra. La ciencia oculta no existe para quien no se ha internado con ánimo resuelto en el sendero que á ella conduce.

Si en nuestra vida ordinaria pasamos veinte años tratando de aprender, esforzándonos por alcanzar el nivel medio de las inteligencias más modestas; ¿podrá admitirse que para elevarnos á una esfera más alta de conocimientos, nos baste solo mostrar alguna curiosidad, abrir algunos libros y manifestar nuestros deseos?

No; es todo lo contrario lo que necesitamos para llegar al fin buscado. Es preciso, para ello, obligar á la inteligencia á dar lo que llamaríamos un salto en el espacio. Más que nunca nos son necesarias la atención, la perseverancia, y sobre todo la intuición, hija de la meditación. No es sola mente contra la ignorancia que hay que luchar; edificamos sobre terreno desnudo, sobre una tabla rasa, y, por consiguiente, antes de cavar los cimientos, tenemos que limpiar el suelo de todos los errores, de todos los prejuicios que la rutina á amontonado sobre él.

Lo más difícil de todo, está en comprender que tenemos todavía conocimientos que adquirir y que toda la ciencia no se encuentra en las enciclopédias.

M. Renan dice en sus diálogos que sería preciso un milagro, un hecho sobrenatural bien constatado, para que él renunciase á su creencia sobre la fijeza de las leyes del Universo. ¿Cuáles son esas leyes? ¿quién puede vanagloriarse de conocerlas?

Las leyes, tales como las establecemos, no son sinó la resultante de un número de hechos conocidos de nosotros, muy limitados, y que, hay que hacer notar, se producen ó sobre la estrecha Tierra que habitamos ó en la esfera limitada de la que podemos tener la percepción.

¿Acaso no debemos tener en cuenta, como lo hace M. Flammarion en sus cálculos aturdidores para la imaginación, la inmensidad de los espacios que nos son desconocidos?

Relativamente á estos espacios, todo lo que conocemos puede no ser sinó un accidente, una especie de caso teratológico sobre el cual razonamos tan falsamente como lo haría el hombre que no habiendo jamás salido de su granja y viendo nacer cada año animales atacados de una deformidad hereditaria, estuviera convencido de que esta deformidad es la resultante de una ley general que exige tal proporcionalidad de monstruosidades en los nacimientos.

El Universo es á nuestra tierra lo que ésta es á la molécula gaseosa más

diluída y aun la comparación, para ser intelijible, está fuera de todo cálculo posible.

Esas palabras,—las leyes del Universo,—suenan de una manera falsa, cuando se trata de manifestaciones puramente físicas, accidentales puede ser. ¿Qué relación existe entre las leyes del Universo, expresión de una estensión infinita, y los hechos que mil testigos afirman y que no parecen anormales, imposibles, sinó porque aparentemente contradicen á algunas reglas que hemos creido poder enunciar é inscribir en nuestros libros?

Aceptando aun la gravitación como ley universal,—y ella puede no ser ley sinó para la mínima porción del Universo de que hacemos parte,—¿en qué la levitación, por ejemplo, la atacaría? Con esta, quiere decir, el hombre habría conquistado una facultad nueva que le permitiese, no sustraerse á aquella, sinó oponerle una energía superior.

¿Las leyes del Universo se encontrarían turbadas porque los muertos reaparecieran? ¿Cuál es, por otra parte, aquella de esas leyes que es absoluta, realmente, contraria á tal fenómeno? No debemos, pues, erijir en ley, lo que no es sinó una habitud de creencia.

No nos paguemos de las palabras: entre las leyes del Universo y nuestras opiniones personales, puede haber un abismo.

En otro tiempo era una ley el que la naturaleza tenía horror al vacío. Hoy es una ley el que la presión del aire hace subir al mercurio en el tubo del barómetro.

Un adagio dice: «Cuando uno está muerto es para largo tiempo». Las imaginativas fantasías de las religiones no han hecho sinó confirmarlo por lo absurdo de sus concepciones.

Sin embargo, los hechos conocidos y atestiguados con tanta claridad como las experiencias de laboratorio, parecen dejar sin ningún valor al *siempre* implícitamente contenido en ese *largo tiempo*.

Todo indica, todo prueba que hay un más allá.

Por sabio, por docto que se sea ¿qué se puede responder, en fin, al documento que vamos á citar, el que, confirmando un hecho asombroso, en otra época narrado bajo forma de cuento medio fantástico por Mérimée, constituye un testimonio cuya autenticidad no puede ser puesta en duda y que no ha sido publicado sinó en estos últimos años?

—«Yo, Cárlos XI, rey de Suecia, en la noche del 16 al 17 de Setiembre de 1676, fuí atormentado más que de costumbre por mi enfermedad melancólica. Habiéndome despertado á las once y media y dirigiendo por casualidad mis ojos hacia mi ventana, me apercibí que había una gran iluminación

en la sala de los Estados. Llamé al canciller Bjelke, que se encontraba en mi habitación, y le pregunté: –¿Qué es esa iluminación que hay en la sala de los Estados? creo que hay allí un incendio. Pero, él me respondió:—Oh! no señor, es el reflejo de la luna que dá sobre los vidrios.

Satisfecho con esta contestación, me volví del lado de la pared para descanzar, pero como conservaba, á pesar de todo, una gran inquietud en mí, me dí vuelta de nuevo y apercibí todavía el mismo brillo en las ventanas. Entonces exclamé:—No es posible que eso sea natural. Mi bien amado canciller respondió:—Si, no hay duda que es la luna. En ese instante penetró en mi dormitorio el consejero Bjelke, para tomar noticias de mí, y le pregunté si tenía conocimiento de alguna desgracia, tal como un incendio, que se hubiese producido en la sala de los Estados. Después de un momento de silencio, me contestó:—A Dios gracias, no hay nada, y solamente la claridad de la luna hace creer que hubiese luz en la sala de los Estados. Me tranquilicé un poco, pero como mirase de nuevo del lado de la sala, me pareció que había allí gente. Me levanté, me puse una bata de noche, abrí la ventana y ví en la sala de los Estados una cantidad de luces. Entonces dije:—Buenos servidores, lo que ocurre no es natural. Vosotros sabeis que aquél que teme á Dios no teme á nadie en el mundo. Quiero ir hácia allá para saber qué puede ser eso.»

«Ordené pues á los asistentes descendieran á las habitaciones del mayordomo de palacio y le dijeran que subiese con las llaves. Cuando éste llegó, me dirijí hacia el pasaje secreto que está encima de mi cuarto, á la derecha del dormitorio de Gustavo Ericson y una vez allí, dije al mayordomo que abriese la puerta del pasaje; éste lleno de terror me rogó le hiciese la gracia de no exigirle tal cosa. Entonces hice igual indicación al canciller quien también me opuso la misma súplica. Solicitado á su vez el consejero Oscenstierna, que nunca tuvo miedo de nada, para abrir la puerta, me respondió:

—He jurado, una vez, exponer por Vuestra Majestad, mi cuerpo y mi sangre, pero no abrir esta puerta. En vista de esto, comencé á sentirme confundido, pero volviendo sobre mí, tomé las llaves, abrí la puerta y encontré que todo, en el pasillo estaba cubierto de negro, aun el piso. Yo y toda mi comitiva nos sentíamos temblorosos. Fuimos sin embargo hacia la puerta de los Estados y ordené de nuevo al mayordomo abrirla, lo que me suplicó le evitase. Habiéndome pedido los demás el favor de no obligarlos á hacer lo que yo quería, tomé las llaves y abrí aquella, retirando en seguida, en medio de gran confusión, mi pié que ya había adelantado sobre el umbral. Titubié un instante, pero repuesto dije:—Buenos señores, si quereis seguir

me, veremos lo que aquí ocurre; puede ser que el buen Dios quiera revelarnos alguna cosa. Todos me respondieron en voz baja: «Sí», y entramos.

«Vimos una gran mesa alrededor de la cual estaban sentados diez y seis hombres de edad madura y de aspecto digno, cada uno de los cuales tenía delante de sí un gran libro, encontrándose en medio de ellos un jóven rey de diez y seis, diez y siete ó diez y ocho años, con la corona sobre la cabeza y el cetro en la mano. A su derecha estaba sentado un señor de elevada estatura y de bella presencia, que podía tener cuarenta años: su cara respiraba la honestidad y tenía á su costado un hombre de setenta años. Noté que el joven rey, movía muchas veces la cabeza, mientras que los hombres que le rodeaban, golpeaban con la mano sobre los grandes libros que tenían por delante. Volví los ojos y ví entonces, cerca de la mesa, tajos y verdugos que, con las mangas recogidas, cortaban una cabeza después de otra, de tal modo que la sangre comenzaba á correr sobre el piso. Dios me es testigo de que yo sentí entonces más que miedo. Miré á mis pantuflas por si la sangre llegaba hasta ellas, lo que no sucedió. Aquellos á quienes se decapitaba eran, en su mayor parte, jentiles hombres. Dí vuelta los ojos y ví en un rincón un trono que estaba casi derribado, á cuyo lado se mantenía un hombre que parecía ser el rejente. Era de edad de cuarenta años poco más ó menos. Yo temblaba y me estremecía al mismo tiempo que me retiraba hacia la puerta, desde donde exclamé: ¿Cuál es la voz del Señor que debo oir? O Dios! cuándo debe suceder esto? No recibí respuesta, pero el joven rey sacudió muchas veces la cabeza, mientras que los hombres que lo rodeaban golpeaban con más fuerza sobre sus libros. Yo grité aun más fuerte: «O Dios! cuándo debe suceder esto? Hacednos la gracia de decirnos cómo debemos entonces proceder.»

«El joven rey me respondió:»

—«Esto no debe suceder en tu tiempo, sinó solo al sexto soberano después de tu reino, quien será de la edad y de la figura con que tú me ves, y aquel que está allí muestra cómo será su tutor. El trono estará á punto de ser derribado en los últimos años de su tutela por algunos jóvenes nobles, pero entonces el tutor que precedentemente había perseguido al joven rey, tomará su tarea á lo sério, y afirmará el trono tan bien, que jamás habrá habido en Suecia más grande rey que éste, ni lo habrá después; el pueblo será feliz bajo su cetro y este rey alcanzará á una edad extraordinaria, dejando al reino sin deudas y muchos millones en el tesoro. Pero antes de que él sea asegurado sobre el trono, correrán arroyos de sangre como jamás antes ni después ha habido en Suecia.»

«Cuando hubo dicho esto, todo desapareció no quedando más que nosotros con nuestras luces en la sala.

Nos retiramos en medio del mayor asombro, como todo el mundo puede imaginarlo, y cuando volvimos á pasar por la cámara cubierta de negro, los tapices habían desaparecido y todo se encontraba en el orden habitual.

Entramos en mi habitación é inmediatamente me senté para consignar este hecho lo mejor que me es posible. Y todo esto es verdad, lo afirmo con mi juramento; tan verdad que pido á Dios sea en mi ayuda.»

«CÁRLOS XI, *rey actual de Suecia.*»

«Como testigos presentes en los sitios indicados, hemos visto todo como Su Majestad lo ha escrito, y confirmamos la narración bajo nuestro juramento, tan verdad que Dios nos venga en ayuda.»

«CÁRLOS BJELKE, *canciller;* N. M. BJELKE, *consejero;* A. OSCENSTIERNA, *consejero;* PEDRO GRAUSLEN, *mayordomo.*»

Esta pieza, existente en los archivos del reino, revestida de los caracteres de la autenticidad menos discutible, ha sido publicada en la historia de Carlson.

JULES LERMINA.

LA DAMA BLANCA

DE LA FAMILIA DE BRANDEBOURG

La interesante y acreditada revista *Los Archivos Rusos* publica, en uno de sus números del año 1893, un fragmento de las Memorias del ayuda de campo general conde de Nostitz. Se trata de una historia de aparecido que viene, hasta cierto punto, á corroborar la leyenda tan conocida de la «Dama Blanca».

El conde Gregorio de Nostitz, de orígen prusiano, había empezado su servicio militar bajo las banderas de su país, pasando recién en 1813 al servicio ruso. Murió en 1838, siendo ayuda de campo general del emperador Nicolás y habiéndose cubierto de gloria al servicio de su patria de adopción.

Su hijo imitó su ejemplo; caballero de San Jorge y mayor general en la

escolta del emperador, fué encargado en 1869 de una misión especial acerca del rey Guillermo de Prusia, á quien debía remitir las insignias del gran cordón de la Orden de San Jorge.

En tal ocasión, el príncipe real de Prusia, que más tarde fué, durante cien días, el emperador Federico III, que había oído hablar que se conservaba en la familia de Nostitz recuerdos sobre la doble aparición de la «Dama Blanca» (la condesa Orlamanda) al príncipe Luis Fernando de Prusia, la víspera y el día de su trágica muerte en el campo de batalla de Saalfeld, insistió acerca del general ruso, por conocer la verdad de todo esto. El conde, que poseía una relación en francés de su difunto padre, pudo dar cuenta de ella al príncipe; y este último le agradeció con la carta que sigue, cuyo texto francés publicaron *Los Archivos Rusos:*

«Potsdam, 11 de Junio de 1890.

«Mi querido Conde:

«Os agradezco muy sinceramente la atención que habeis tenido al enviarme el extracto de las memorias de vuestro difunto padre, ayudante de campo general Nostitz, y que me habíais prometido después de vuestra estadía en Berlín.

«Este manuscrito formará parte de nuestros archivos y será siempre considerado como un documento interesante que se relaciona con una época memorable para nuestra casa.

«Soy, querido Conde, vuestro afectísimo

«Federico Guillermo,
«Príncipe Real de Prusia.»

Hé aquí, pues, lo que relata este documento, que se conserva en los archivos de la casa de Hohenzollern desde el verano de 1870:

En el año 1806, el conde Gregorio Nostitz, entónces oficial prusiano, estaba muy ligado con el príncipe Luis Fernando de Prusia, jóven y brillante general de la división del ejército que mandaba el príncipe de Hohenlohe. La víspera de la batalla de Saalfeld, tan funesta para las armas prusianas, se encontraba el príncipe con sus oficiales y su estado mayor, en el castillo del duque de Scharzburg-Rudolstadt. A la noche se reunieron en una de las salas del castillo. El príncipe Luís Fernando radiaba de alegría, á la idea del primer encuentro sério con las tropas de Napoleón, que tendría lugar al día siguiente.

A media noche y dirigiéndose al conde Nostitz, dijo:

– Hoy me siento completamente feliz. Hénos ya en plena mar; tenemos viento en popa y estamos todos en nuestros puestos.

No había aún acabado la frase, cuando el conde Nostitz vió con indecible sorpresa, cambiar de repente la expresión del bello rostro del príncipe.

Este levantóse de un salto y restregándose los ojos, tomó uno de los candelabros que iluminaban la mesa y echó á correr por el pasillo que conducía á la sala de la guardia.

El conde Nostitz corre trás êl y le vé que persigue en la oscuridad del corredor una figura vestida de blanco, la que súbitamente desaparece al llegar á la pared, sin salida, en la cual terminaba el corredor.

Al oir pasos que le seguían, el príncipe dá vuelta y dice al conde:

—Tú has visto, Nostitz?

—Sí, Alteza, he visto!

—Entónces no ha sido un sueño, un acceso de delirio!—exclamó Luís Fernando.

Se buscó en vano la salida secreta, por la cual hubiera podido escapar la forma blanca, y sin embargo otro testigo había presenciado el pasaje del espectro por el corredor.

El centinela colocado en la puerta, interrogado por el conde, declaró haber visto pasar un individuo cubierto con un manto blanco, á quien por este detalle había tomado por un oficial de la caballería sajona.

Ahora bien, el corredor no tenía sinó dos salidas: la puerta guardada por el centinela y la puerta que daba acceso á la sala, en la que se encontraban el príncipe y sus oficiales.

Vivamente impresionado Luís Fernando, no ocultó al conde Nostitz que consideraba esta aparición de mal augurio, puesto que el espectro de la «Dama Blanca» aparecía, según la leyenda, á los miembros de la familia de Hohenzollern, la víspera de sus muertes violentas.

El día siguiente tuvo lugar la batalla de Saalfeld.

En lo más fuerte de la derrota de las tropas alemanas, el príncipe Luís Fernando y el conde de Nostitz apercibieron, por segunda vez, sobre un promontorio vecino del lugar en que se encontraban, una mujer vestida de blanco, que lloraba y se torcía las manos. El conde adelantóse á todo galope hacia dicho promontorio, pero cuando llegó á él, la mujer de blanco había desaparecido.

Algunos soldados prusianos, apostados cerca, también la habían visto; pero, ignoraban por completo lo que habría sido de élla.

Momentos después, el príncipe Luís Fernando fué herido mortalmente, en una carga de la caballería francesa. El conde trató de llevarlo fuera del campo de batalla, pero herido él mismo y habiendo perdido el conocimiento, sólo más tarde supo que su general había sido ultimado por un húsar alsaciano de la caballería francesa.

Durante su vida, el conde Gregorio no habló de esta aventura, sinó á su hijo, y bajo el sello del mayor secreto y éste declara que el conde Gregorio no era supersticioso ni predispuesto al misticismo

El relato del último termina con el pasaje siguiente:

«Escribo lo que me ha sucedido, en previsión del porvenir. Tal vez, después de mi muerte, cuando suene la hora de la historia para mis contemporáneos, mi hijo, hojeando mis papeles, encuentre este caso, que hará entonces conocer del público.»

No se trata aquí de uno de esos cuentos de aparecidos, en los cuales la simple alucinación, juega un papel principal.

La figura vestida de blanco, ha sido vista en el castillo de Rudolstadt y en el campo de batalla de Saalfeld, no solamente por el príncipe Luís Fernando y su abnegado compañero de armas, sinó por varios soldados, que ignoraban por completo la leyenda de la condesa Orlamanda.

El hecho debe ser, pues, clasificado en la categoría de otros de su mismo género y que se han conservado en la historia sin explicación plausible hasta nuestros días.

El conde Nostitz tiene razón de recordar, á propósito de la publicación que acaba de hacer, la reflexión célebre y eternamente justa de Hamlet:

There aro more things in heaven and earth, Horatio, Than are dreamt of in your philosophy.

(Hay más cosas en la tierra y el cielo, Horacio, que sueños hay en tu filosofía.)

Esta tradición de la aparición de una «Dama Blanca», que anuncia la próxima muerte de uno de los miembros de una gran familia, no existe tan sólo en la de los descendientes de los marqueses de Brandebourg. Es también corriente en la de los Habsbourg, en la de Lusignan y en la de Chimay. Desgraciadamente, los documentos de la naturaleza del que acabamos de reproducir, son de los más escasos, y no podemos menos de lamentar la ignorancia en que estamos sobre lo que haya pasado en el momento de la muerte del Emperador Guillermo I, y, poco después, en la de su hijo Federico III.

¿La «Dama Blanca» habría abandonados á los Hohenzollern, con motivo de su suprema elevación?.

ALASTER.

REENCARNACION

EPITAFIO DE BENJAMIN FRANKLIN (1)

ESCRITO POR ÉL MISMO EN 1728

El Cuerpo

DE

BENJAMIN FRANKLIN

IMPRESOR,

SEMEJANTE Á LA CUBIERTA DE UN VIEJO

LIBRO

PRIVADO DE SU CONTENIDO

Y DESPOJADO DE SU TÍTULO

Y DE SUS DORADOS,

REPOSA AQUÍ, SIRVIENDO DE PASTO PARA LOS GUSANOS.

Pero

LA OBRA NO SERÁ PERDIDA

PUES (ASÍ COMO ÉL LO CREE)

REAPARECERÁ

EN UNA NUEVA

Y MÁS ELEGANTE EDICIÓN,

REVISADA Y CORREGIDA

POR

EL AUTOR.

(1) Este epitafio es sacado de las obras escojidas de B. Franklin — París 1833, Landois y Cia., con una noticia por M. A. Ch. Renouard, abogado de la Corte Real de París, página 338.